

habeis de esperar ; si ha de ser principio de vuestra eterna felicidad ? Temed el juicio de Dios , mas temedle con un miedo mezclado de amor y de confianza ; temedle como temeis á Dios. No os es licito temer á Dios sin amarle ; es preciso que al temerle le ameis , y que aun sea mas lo que le ameis que lo que le temais : sin esto vuestro temor será servil , que no es bastante para vuestra salvacion. Pues lo mismo ha de ser respecto del juicio de Dios : temamos todos , amados oyentes míos , este terrible juicio ; temamosle con un temor eficaz , con un temor que nos convierta , que enmiende nuestros desórdenes , que aumente nuestra vigilancia , que encienda nuestro fervor , que nos lleve al ejercicio de todas las virtudes christianas : de tal suerte que merezcamos ser colocados á la diestra , y oír de boca de nuestro Juez estas palabras llenas de consuelo : *Venite benedicti Patris mei.* (a) Venid benditos de mi Padre , tomad posesion del reyno que está preparado para vosotros desde el principio del mundo. Yo os lo deseo , &c.

(a) Matth. 25. v. 34.

## SERMON

DEL DOMINGO II. DE ADVIENTO.

*Sobre los respetos humanos.*

Beatus est , qui non fuerit scandalizatus in me.

*Bienaventurado el que no se scandalizáre de mí.* Matth. cap. 11. v. 6.

SEÑOR.

**E**ste es el carácter por el qual el Salvador del mundo conoce á sus discipulos verdaderos : esta es la condicion que este hombre Dios les propone , para que sean admitidos á su servicio , y para que sean dignos de vivir en su ley. Declárales que es necesario tomar partido ; que no hay que esperar ser del número de los suyos , si no se ha tomado la resolucion de hacer profesion á cara descubierta de serlo ; que es indigno de su Magestad todo Christiano que tiene miedo de parecerlo ; que no basta para ser suyos creerle con el corazon , si no le confiesan con la boca ; que no basta confesarlo con la boca si con las obras no se muestra ; en fin , que quiere unos hombres fervorosos , generosos , sinceros , que se honren de tenerle por Señor , y su merecimiento en obedecerle.

Con esto excluyó de su reyno á aquellos mundanos viles , tan lejos de declararse por Jesu-Christo , que se avergüenzan de Jesu-Christo ; que están tan lejos de honorarle que se escandalizan de él ; y no contentándose con escandalizarse de Jesu-Christo , le escandalizan cada dia

en sus hermanos ; inspirando á los demás el mismo temor que los detiene ; y el mismo respeto humano que los domina. Esto es á lo que intento hacer guerra con este discurso ; este empacho del servicio de Dios ; este respeto humano que nos estorba el ser suyos ; este temor del mundo , ó este deseo de agradar al mundo , que destruye el culto que debemos dar á Dios. Quiero hacer que veais su indignidad , su escándalo , su desórden : la indignidad del respeto humano por lo que mira á nosotros mismos ; su desórden respecto de Dios ; su escándalo respecto á nuestros próximos.

Hay unos que son esclavos del respeto humano , y otros que son sus autores. Con los esclavos del respeto humano hablaré en la primera y segunda parte , y les mostraré qué indigno y culpable es su proceder. Con los autores del respeto humano hablaré en la última parte , y les mostraré lo escandaloso que es su proceder. La indignidad del respeto humano hará que le despreciemos. El desórden del respeto humano hará que le condenemos. El escándalo del respeto humano hará que temamos sus consecuencias. Esta es toda mi idea. AVE MARIA.

## I. PARTE.

En todos tiempos se han dexado los hombres dominar de los respetos humanos ; y en todos tiempos los que siguen el partido del mundo han formado de ellos una política infeliz á costa de su Religión. Mas de qualquier pretexto , necesidad , ó razon de que hayan intentado valerse , sujetando su Religión á las leyes del mundo , digo que este respeto humano ha sido siempre una servidumbre vergonzosa , y que esta política ha pasado siempre , ó ha debido siempre pasar por una cobardía infame. Es un carácter de servidumbre , es un carácter de cobardía : y uno y otro es indigno de todo hombre que tiene conocimiento de Dios ; pero aun mucho mas de un Cristiano elevado por el bautismo á la dignidad de hijo de Dios. Atended , amados oyentes míos , y no se os pase nada de estas dos importantes verdades. Es

Esta es una servidumbre vergonzosa ; y la llamo servidumbre del respeto humano. Porque ¿ qué cosa hay mas servil que estár reducido , ó por mejor decir reducirse á sí mismo á la necesidad de arreglar su Religión por el capricho ageno ? ¿ De practicarla , no segun los conocimientos y luces propias , ni segun los movimientos de la propia conciencia , sino por el gusto ageno ? ¿ De no dar muestras de ellas , ni cumplir con sus obligaciones sino con sujecion á los discursos y juicios agenos ? En una palabra ¿ de no ser Christiano , ó no parecerlo á lo menos , sino en quanto el otro gusta ó no gusta ? ¿ Hay esclavitud que pueda compararse con esta ? No obstante sabeis vosotros , y por ventura lo sabeis á costa de vuestra confusion , lo comun que se ha hecho y se hace cada dia en el mundo esta esclavitud , con ser tan vergonzosa.

Quando habla San Agustin de aquellos antiguos Filósofos , aquellos sábios del Paganismo , que aunque paganos conocian á Dios por sola la luz de la razon natural , halla su suerte muy digna de compasion : porque estando convencidos como lo estaban , de que no hay mas que un Dios , no dexaban de verse precisados á adorar á muchos por acomodarse con el tiempo. Observad esto , Christianos. Por respetos humanos hacian violencia á su entendimiento , y servian á unos Dioses , en los quales no creían ; y nosotros con otro género de respeto humano hacemos violencia á nuestra fé , y no servimos al Dios en quien creemos. Aquellos contra su voluntad ; pero por agradar al mundo eran idólatras y supersticiosos ; y nosotros por un efecto contrario , mas por el mismo principio , nos hacemos muchas veces á pesar de nosotros mismos impíos y disolutos. Aquellos por no concitarse el odio de los pueblos practicaban lo que reprobaban , adoraban lo que despreciaban , profesaban lo que detestaban ; son palabras de San Agustin : *Colebant quod reprehendebant , agebant quod arguebant , quod culpabant adorabant*. Y nosotros por evitar la censura de los hombres , y por una vil sujecion á los usos y máximas del siglo , deshonoramos lo que profesamos , profanamos lo que adoramos , blas-

femamos , á lo menos con nuestras obras ; no ( como decia un Apóstol ) lo que ignoramos , sino lo que sabemos y conocemos. Estos sábios presumidos de la Gentilidad por la violencia que se figuraban se cautivaban con una especie de hyproresia , y nosotros nos cautivamos por otra. Como ellos hacian en los templos de Roma el papel de unos hombres virtuosos , nosotros le hacemos en medio de la Christiandad de unos Ateistas. Con esta diferencia que advirtió San Agustín , que la hyproresia de aquellos era un puro fingimiento , en que quando mucho eran unas Deidades mentidas las que se interesaban ; pero la nuestra es una abominacion efectiva , una abominacion ( como pronosticó el Profeta ) colocada en el lugar santo , una abominacion que de una vez ultraja la verdad , la Magestad , y la santidad del Dios verdadero.

Pues portarse así ; no es hacerse esclavo en aquello mismo en que es menos tolerable el serlo , y en que mas debe preciarse de no serlo qualquier hombre de juicio ? Porque hay cosas , prosigue el Santo Doctor , en que es tolerable la servidumbre , otras en que es racional , y aun algunas en que es honrosa ; pero sujetarse en las que son de suyo mas libres , hasta en la profesion de su fé , hasta en el exercicio de su Religion , hasta en las obligaciones mas indispensables , en lo que mira á nuestra eternidad y á nuestra salvacion , esto es á lo que repugna cierta superior grandeza que hay en nosotros , con la qual habemos nacido ; esto es lo que la dignidad de nuestro sér , y no menos la conciencia no pueden sufrir.

Dexadnos ir al desierto , decian los Hebreos á los Egypcios , porque no podemos sacrificar libremente al Dios de Israel mientras estamos entre vosotros. Es necesario que seamos libres en los sacrificios que le ofrecemos. En lo demás nos hallaréis rendidos y obsequiosos , y por rigurosas que sean vuestras leyes os obedecremos sin dificultad ; pero en lo que toca al culto del soberano Dueño que adoramos , y á quien debemos solamente adorar , la libertad es precisa , y os la pedimos en fuerza del derecho que á ella tenemos , y por el mandamiento expreso que nuestro Dios nos

ha

ha dado de no permitir jamás que nos la quiten. Pues así , hermanos míos ( dice San Gerónimo explicando este lugar del Exódo ) así debe hablar un Christiano á quien la providencia obliga á vivir en el mundo , y por consiguiente á mantener en él su Religion. Antes que todo quanto hay , ha de decir : Yo me conformaré con las leyes del mundo , yo observaré sus costumbres , yo guardaré quanto en él se tiene por decencia , yo me haré fuerza á mí mismo si es necesario , para no hacer cosa que ofenda al mundo ; pero en llegando á lo que debo á mi Dios , me he de poner sobre el mundo , y él no ha de tener en mí ningun imperio. En el cumplimiento de esta obligacion capital , y la primera del Christiano , ni he de ser caprichudo , ni indiscreto , sino libre ; y la prudencia que he de observar nada ha de tener que degenere de aquella dichosa independencia que quiere San Pablo que yo conserve como privilegio del estado de gracia á que me ha elevado Dios , y de que no se me puede enagenar. Esta es , digo , en sentir de San Gerónimo , la disposicion que debe tener un Christiano. Y si la tiranía del mundo llegase á tanto , que hubiese en efecto estados en que sea imposible mantener esta santa y gloriosa libertad con que Dios quiere ser servido ; ó por mejor decir , si el hombre se sintiese tan fulto de aliento , que desconfiase de poder servir libremente á Dios en él , debiera como los Israelitas tomar el partido de una generosa retirada , y buscar otra parte , en que libre del yugo del mundo pudiese sin molestia y sin violencia tributar á Dios los obsequios de su piedad : haciendo para esto divorcio ; no con el mundo en general , sino con aquellas especiales condiciones del mundo , en que le habria enseñado la experiencia , que estaba su Religion reducida á ser impracticable. ¿ Por qué ? Porque á lo menos pide la razon , que habiendo nacido libre , lo sea inviolablemente para aquel á quien todo lo debe , como al principio y al autor de su sér ; y que jamás abandone la posesion en que Dios le ha puesto de estar en lo que mira á este punto en manos de su razon y de su consejo.

La servidumbre de los respetos humanos es tanto mas

ver-

vergonzosa, quanto es juntamente efecto de cordedad de espíritu, y de vileza de corazón que nos ocultamos á nosotros mismos, mas nos la ocultamos en vano, y no podemos acallar la acusacion que por ella interiormente sentimos. Porque si segun se explicaba un Padre, tuvieramos aquella santa soberbia, aquella nobleza de sentimientos que infunde la Christianidad, diríamos osadamente como San Pablo: *Non erubescit Evangelium:* (a) no me corro del Evangelio. Imitariamos á aquellos Héroes del testamento antiguo, que tenían por gloria practicar su Religion aun á los ojos de la impiedad. Mientras todos los demás en gran concurso acudían á los ídolos de Jeroboan, el mozo Tobias sin temor de parecer singular, y aun haciendo gloria de serlo en tan justa causa, iba solo al templo de Jerusalén, y se hacia con eso digno del elogio que dió la Escritura á su firmeza y constancia: *Dentique, cum irent omnes ad vitulos aureos, quos fecerat Jeroboam: Rex Israel, hic solus pergebat in Jerusalem ad templum Domini.* (b) De este modo, aunque quanto nos rodea viniera en el olvido de Dios y en el desprecio de su ley, habíamos de poner como Christianos nuestra gloria en observar sinceramente esta ley divina; y con una singularidad, que aunque les pése respetará el mundo, habíamos de distinguirnos y separarnos, si fuera menester, de aquellos mundanos que son transgresores de ella. No nos hiciera vacilar el número ni la calidad de sus personas: aunque fuéramos solos en el mundo, habíamos de estar firmes en esta resolucion; y aquel consuelo interior que sentiríamos en ser de aquellos que Dios se habia reservado, y no habian doblado la rodilla delante de Baal; quiero decir, el testimonio que nos diera nuestra conciencia de haber resistido el torrente de la idolatría del siglo, nos fuera desde ahora un fruto precioso de la victoria que habíamos conseguido de los respetos humanos. Ved ahí las felices disposiciones en que nos pondría una libertad evangelica, que nos dá el valor de resistir á la multitud de mundanos que nos rodean, y que nos dá el consuelo interior que sentiríamos en ser de aquellos que Dios se habia reservado.

(a) Rom. i. v. 16. (b) Tob. i. v. 17. & Ambrosius ad

De dónde pues proviene, que no la tenemos, y quales son estos respetos humanos que nos detienen? Timidez, y pusilanimidad. Tememos la censura del mundo, y con eso confesamos que no tenemos bastante fuerza para despreciarle, aun en aquellas ocasiones en que juzgamos que es digno de desprecio, y esta confesion basta para confundirnos. Tememos ser tenidos por hombres de poco espíritu, y no pensamos que este mismo miedo es flaqueza, y una flaqueza la mas digna de compasion. Tenemos vergüenza de declararnos, y no vemos que esta vergüenza, por decirlo así, es mucho mas vergonzosa que el declararnos como debíamos. Porque ¿qué cosa hay mas vergonzosa, que la vergüenza de parecer uno lo que es, y lo que debe ser? Una palabra, un donayre no altera, y no consideramos por qué, ni de quién nos dexamos turbar. ¿De qué? Pues no hay cosa mas frivola que el donayre con que se intenta hacer burla de la virtud verdadera. ¿De quién? Pues suelen ser unos hombres vanos, cuya censura ó aprobacion nos hace poco al caso; unos hombres de los quales ningun aprecio hacemos las mas veces; unos hombres cuya ligereza nos es tan notoria como su impiedad; unos hombres cuyos consejos no queremos seguir, y mucho menos recibir de ellos la ley aun en un solo punto; unos hombres por cuyo respeto no nos iríamos á la mano ni en uno solo de nuestro divertimientos: con todo eso estos son por los que nos hacemos violencia, estos con los que contemplizamos, estos á los que con la mas lastimosa ceguedad nos sujetamos en lo que concierne á lo mas esencial de nuestros intereses, esto es la salvacion y la Religion. Pues despues de esto preciamonos no digo ya de grandeza de alma, pero ni aun de cordura y solidéz de entendimiento. Despues de esto gloriémonos de que hemos hallado la libertad siguiendo el partido del mundo. No, no (dice aquí el Christótomó) no es en eso en lo que se halla: está tan lejos de llegar á conseguirse por ahí, que por ese medio damos en la mas vil servidumbre; y uno de los castigos mas visibles que exercita Dios en nosotros quando queremos vivir como mundanos, es

que al mismo tiempo que pensamos sacudir su yugo, que él llama y tiene harta razon de llamar yugo suave y apetecible, permite que nos carguemos con otro yugo muelo mas abatido y mas pesado, que es el yugo del mundo y de sus leyes.

Dixe, que era cobardía, y cobardía aborrecible. Yo soy de Dios por todos los títulos mas legítimos que puede haber, ya como hombre formado por sus manos, adornado con sus dones, rescatado con su sangre, heredero de su gloria; ya como Cristiano unido con él con el nudo mas indisoluble, y obligado con una profesion solemne á servirle: mas en lugar de armarme con una santa osadía, y tomar su causa á mi cargo, la abandono y la vendo. Vileza indigna de perdon; aún no se puede tolerar en aquellas almas interesadas, que por suerte y necesidad se obligan á servir á los Grandes; y lo que debe servirnos aun para mayor confusion es el zelo que muestran, y lo mucho que procuran sobresalir en el cuidado de servir á estos Señores mortales, siendo lo que esperan de ellos una recompensa humana, y una fortuna perecedera. Vileza que tan anatematizada está en el Evangelio, y tan manifiestamente ha de ser reprobada en el juicio de Dios; pues el Hijo de Dios en él se avergonzará de todos los que hubieren tenido vergüenza de declararse por él, negará á todos los que le hubieren negado, renunciará á todos los que le hubieren renunciado: *Qui me erubuerit, hunc Filius hominis erubescet.* (a) Vileza que los Paganos mismos condenaron en los Christianos; y sobre ella les diéron tan prudentes y sólidas doctrinas.

¿No es este el sentir que tuvo antiguamente aquel sábio Emperador Padre del Gran Constantino? Eusebio nos lo enseña, y vosotros lo sabéis: aunque infiel y pagano tenia en su Corte Oficiales, y en su exercito Soldados que profesaban la Religion Christiana. Quiso una vez hacer experiencia de su fe; y habiéndolos hecho juntar en su

(a) Luc. 9. v. 26.

presencia los hablo con terminos muy propios para probarlos; al fin les obligó á darse á conocer y declararse. Mas como entre ellos habia personas de todas calidades, no extrañó que unos firmes en el partido de Jesu-Christo antes quisiesen poner á riesgo su fortuna que negar su Religion; y que otros vencidos del respeto humano escogiesen disimular su Religion antes que aventurarse: porque este género de variedades ha habido en todos tiempos en el mundo, y en la Religion. Pero lo que advierte Eusebio, y debe servirnos de una enseñanza viva y eficaz (viene admirablemente al lugar en que estoy hablando, y tengo certeza de que ha de ser á vuestro gusto) es el juicio con que aquel Príncipe hizo diferencia de aquellas dos suertes de Christianos, pues con un tratamiento tan contrario á su esperanza como correspondiente á sus meritos, retuvo cerca de su persona á los que despreciando los respetos del mundo habian dado testimonio del amor inviolable que tenian á su Religion; y despidió á los demás. Porque juzgó (añade este historiador) que no tenia que prometerse de estos, pues podian ser infieles con él los que habian sido infieles con su Dios; y que todo se habia de temer de un hombre, cuya conciencia y obligacion no salia bien de la prueba de un interés vano y de una consideracion humana.

Ah! amados oyentes míos, aprovechémos de esta máxima; y no pasemos por la confusion de ser en este punto menos religiosos que un pagano, á quien solo un buen juicio le hacia discurrir así. Sin ser impios ni hipócritas seamos generosos y sinceros. Entre la hypocresía y la impiedad hay un partido honroso, que es el de ser Cristiano. Seamoslo sin ostentacion; pero seamoslo tambien de buena fé, y tengamos por honra el serlo y el parecerlo.

Acordémonos de tantos Martyres hermanos nuestros en Jesu-Christo, y miembros de la misma Iglesia. ¿Temian acaso la presencia de los hombres? ¿Se espantaban de un mirar, ni de una palabra? ¿Ay, qué imagen; amados

oyentes míos! ¿Qué oprobio de nuestra cobardía! Como parecian delante de los tyranos, y en su cara confesaban osadamente su fé. Subian á los cadahalsos, y sobre los mismos cadahalsos publicaban las grandezas de su Dios. Derriamaban su sangre, y con su sangre subricaban la verdad. ¿Tenian mas obligacion que nosotros? ¿Hacian profesion de otra ley que la que nosotros profesamos? ¿El Dios á quien servian, á quien glorificaban, y por quien se glorificaban, era mas Dios suyo que nuestro?

No vamos tan allá; juzgaos por vosotros mismos. Estoy hablando en una Corte compuesta de hombres célebres por su valor y por sus hazañas militares. Haber retrocedido una vez sola en el peligro, haber una vez sola vacilado, lo miráran como mancha, como una mancha incapáz de borrarse con el tiempo. No quiera Dios que yo les niegue el justo elogio que les es debido. Peleando y exponiendo sus vidas por el grande y glorioso Monarca que Dios ha puesto sobre nuestras cabezas para mandarnos, cumplan con una obligacion natural. ¿Pues qué género de contradiccion es este con que por una parte mostramos tanta constancia, y por otra tanta flaqueza? ¿Por qué en las cosas de Dios hemos de ser como una caña combatida del viento, segun nos representa el Evangelio? ¿Por qué imitamos toda su inestabilidad; quiero decir, por qué dexamos tan facilmente que la complacencia nos lleve, que el temor nos haga cobardes, que la costumbre nos arrastre, que el interés nos mueva? Y por no salir del exemplo que hoy nos propone el Salvador del mundo, ¿por qué no imitamos al Bautista? Por qué no aprendemos de él la firmeza que pide el servicio de Dios, y la guarda de su ley? Aun en las prisiones confesó este Ministro fiel á Jesu-Christo: hasta en la Corte dió testimonio de él. Ved ahí al que debeis tener por modelo: ved lo que el Precursor divino os predica, que conserveis en medio de la Corte aquella generosa libertad de hijos de Dios á que habeis sido llamados; y que (segun vemos que se explica San Pablo) mas parezca que es un don propio de la gloria, que un

un efecto de la gracia: *In libertatem gloriae filiorum Dei*; (a) que os declareis en medio de la Corte por Jesu-Christo con una práctica constante, sólida, edificativa de quanto la Religion os ordena. ¿Y quien puede quitaros esta libertad Christiana? ¿Quién debe? Si es preciso ser esclavo, no ha de ser del mundo, sino vuestro, mi Dios. No hay otro sino Vos, y Vos solo de quien con corazon podamos serlo; y quando lo somos de otro qualquiera desdecimos de aquella adopcion feliz que nos pone en el número de vuestros hijos, y nos dá el derecho glorioso de llamarnos nuestro Padre. Pues si sabemos mantenernos no solo con humildad y prudencia, más con valor y constancia en la libertad que nos adquirió Jesu-Christo con su sangre, nos respetará el mundo, por mas pervertido que esté. Si los respetos humanos nos la hacen perder, el mismo mundo nos despreciará: porque no llega á tanto extremo su corrupcion y malignidad, que no haga justicia á la virtud quando sigue el camino derecho. Mas si el mundo se levantara contra mí, yo me levantara contra él y sobre él. El Dios á quien sirvo, es un Señor tan grande, que le sobran títulos para que yo le haga un sacrificio del mundo: es un Señor tan poderoso, que es razon que yo le sirva, no como al mundo se le antojare, sino á su gusto: pues su gusto es ser servido de almas libres que no dependen del juicio errado, ni de la vana estimacion de los hombres. Habeis visto ya la indignidad de los respetos humanos; veamos su desorden: esta es la segunda parte.

Es cosa verisimil, Christianos, que no habeis jamás comprehendido bien este desorden de que hablo, ni jamás habeis conocido bien su extension, ni sus conseqüencias: pero yo me prometo seguramente, que sola la explicacion que os voy á dar de él os ha de hacer fuerza, y ha de

(a) Rom. 8. v. 21. sup. b. d. *in libertate gloriae filiorum Dei*

infundiros para con él un horror eterno. Porque pretendo que en el orden de la salvacion no hay cosa mas preciosa, mas detestable, mas opuesta á la ley de Dios, ni mas digna de las venganzas de Dios que los respetos humanos. ¿Por qué? Aumentad si gustais vuestra atencion. La razon es, porque los respetos humanos destruyen en el corazon del hombre el fundamento esencial de toda la Religion, que es el amor á preciativo que debemos á Dios. Porque los respetos humanos hacen caer al hombre en apostasias y quizá mas detestables que las de los apóstatas de los primeros siglos, contra los quales empleaba la Iglesia el rigor de su disciplina con tanto zelo. Porque los respetos humanos son una tentacion que impide en el hombre el efecto de aquellas gracias mas poderosas, de que comunmente se vale Dios para inclinarle á lo bueno, y desviarle de lo malo. En fin, porque los respetos humanos son el estorbo mas fatal que tiene la conversion de un hombre mundano; el estorbo que menos vence, y á qué nos hace ver la experiencia que nuestra flaqueza está mas expuesta á rendirse. ¿No tengo razon para proponeros estos quatro artículos como los mas eficaces para hacer impresion en vuestras almas? Aunque no traxera de ellos mas prueba que lo que en el mundo se usa; ¿no bastaria para dexaros convencidos? Escuchadme, y no olvidéis jamás tan provechosas enseñanzas.

Dar á Dios la preferencia respecto de la criatura, y quando llega el caso, no especulativa sino practicamente de hacer comparacion de uno y otro, ó se ofrece la ocasion de sentenciar por el uno ó por el otro, poner á la criatura debaxo de los pies por dar á Dios la honra que le es debida, este es el principio sobre que se mueve toda la Religion, y este es el primero con que los respetos humanos dan en tierra. ¿Por qué razon los llamamos respetos humanos, sino porque en muchas ocasiones, dice el Angel de las Escuelas Santo Tomás, nos hacen respetar á la criatura mas que á Dios. Dios me dá á conocer su voluntad, hace que se me intimen sus decretos; pero el hombre á quien deseo agradar, ó á quien temo desagradar, no

no los aprueba; y yo (que debo decidir en tal caso) por no desagradar al hombre vengo á hacerme rebelde contra Dios: luego en efecto, con mas respeto miro al hombre que á Dios; y aunque estoy convencido de la excelencia y de la soberania del ser divino, eso es solo en apariencia, y no impide el que en la verdad y actualmente tenga yo al hombre en mas que á Dios. Pues desde que tal hago, no tengo ya Religion, ó no tengo ya mas que una sombra y una apariencia de ella. Y ved con lo que Tertuliano daba en rostro á los paganos de Roma con estas palabras de tanta energia, y tan dignas de quien era, quando les decia *Majori formidine Caesarem observatis, quam ipsum de caelo Jovem: Et citius apud vos per omnes Deos, quam per unum Caesaris genium pejeratur.* Jupiter es el Dios á quien servís; pero el desorden vuestro, y en que no podeis menos de convenir es, que teneis mucho menor atencion á este Jupiter que reyna en el Cielo, que á las Potestades de que dependeis en la tierra; y entre vosotros es mucho mas lo que se teme caer en la desgracia del Cesar, que no ofender á todas las deidades del Capitolio. Baldon incomparablemente mas capaz de confundir á un Christiano, si se le aplica á sí mismo, y que debiera llenarle de horror y susto. No obstante, cuántos Christianos hay dignos de este baldon tomado á la letra; y con cuánta razon pudiera yo el dia de hoy decir en este auditorio: *Majori formidine Caesarem observatis.*

Gracias al Señor, que con especial providencia nos ha dado un Rey fiel, y declarado contra la disolucion y la impiedad; un Rey que sabe honrar su Religion, y quiere que sea honrada; un Rey cuyo primer cuidado al hacerse servir y obedecer, es que Dios sea servido y obedecido. Mas si con alguno de aquellos terribles castigos que á veces envia Dios á los pueblos, nos hubiera hecho el Cielo nacer debaxo del dominio de un Príncipe menos Religioso, cuántos Cortesanos veriamos al modo que los concebía Tertuliano, que no estuviesen en balanza sobre el partido que habian de tomar, y sin pararse á dudar, atropellando con Dios no solicitasen el favor del Cesar? *Majori formidine Caesarem observatis.*

Sin entrar en suposición alguna, cuántos vemos ahora con esta disposición? Quiero decir, hay impíos y malvados, dispuestos para serlo si fuera menester; y si el serlo efectivamente se les pidiera por señal de su obsequio y afición, ¿tuvieran algún escrúpulo sobre eso? ¿Escucharían sus escrúpulos y sus remordimientos? ¿Los detendría la concurrencia de la criatura y de Dios? ¿No los arrebatara la costumbre de conformarse del todo con las inclinaciones del Señor de quien dependen? ¿No tendrían por principio, si este Señor fuera disoluto, serlo con él, y despreciar á Dios como él, si él le despreciara? No subamos hasta el que entre todos los Señores tiene el primer lugar despues de Dios. ¿A cuántos poderosos del mundo inferiores y subalternos, si es lícito explicarme así, no están hechos á tributar una especie de culto estos respetos humanos, especialmente en la Corte? Y á la verdad, ¿qué es este culto sino una idolatría refinada, tanto mas peligrosa, quanto mas proporcionada á nuestras costumbres? hay algunos poderosos, aunque subalternos, á cuyo obsequio sin caer en ello se dedican los hombres, mas que al sercicio del mismo Dios: mas temen caer en su indignación que en la divina; y por consiguiente les dan aquella continua pero viciosa preferéncia, que en el corazon del hombre coloca la criatura sobre el mismo Dios. Pues no es menester mas para acabar con toda la Religion, y segun dixo el Profeta, para arruinarla hasta los mismos cimientos: *Exinanite, exinanite usque ad fundamentum in ea.* (a)

Pero pasó mucho mas adelante este desorden, y sin contenerse en el corazon se manifiesta mas á las claras; pues los respetos humanos hacen caer cada dia á el hombre con mengua del nombre Christiano en apostasias no solo interiores y ocultas, sino públicas y manifiestas. Permitaseme que me explique. Acordaos de las irreverencias que tantas veces os ha hecho cometer delante de ese altar

(a) Psalm. 136. v. 7. 20. (b) 1. Cor. 10. 14. 15. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

el temor de ser tenidos por hipócritas, ó por Christianos. Ese es el altar del Dios vivo, pero pudiera tener por inscripción con mucha mas razon que aquel de que habló San Pablo, altar del Dios desconocido: *Ignoto Deo*; (a) ó lo que causa mas horror, altar del Dios deshonrado, del Dios abandonado. Pues este altar es el que ha de pedir venganza contra vosotros. El que halló San Pablo en Atenas, tuvo el consuelo de no hallarle sino entre idólatras; pero el que yo hallo aquí, tengo el dolor de hallarle en el centro del Christianismo. San Pablo les dixo á los de Atenas: Vosotros adorais al verdadero Dios, mas no le conoceis; *Ignorantes colitis*; pero yo os digo: Vosotros conocéis al Dios verdadero, mas no le adorais. ¿Pero qué digo? No le adorais, le echais en olvido, haceis desprecio del Dios verdadero que conocéis. No conocer al Dios verdadero que se adora, es una ignorancia de alguna suerte digna de perdon, ó por lo menos de escusa; mas no adorar al Dios verdadero que se conoce, no solamente no adorarle, sino conocerle y ultrajarle, conocerle y despreciarle, es un sacrilegio que merece todas sus maldiciones. ¿Pues no es esto á lo que los respetos humanos os han llevado tantas veces? ¿No es esto tambien lo que (por decirlo con San Pablo) ha tenido cautiva vuestra Religion en la injusticia? ¿No es tambien esto lo que os ha hecho abandonar á Dios, y renunciar su culto?

Porque yo digo que es abandonar á Dios y renunciar su culto; asistir al sacrificio augusto de nuestros altares, como cortesano y hombre del mundo; asistir á él con tales inmodestias, que no fueran capaces de practicarlas los mas infieles Mahometanos en sus mezquitas; asistir á él como si no se creyera en él; concurrir á él como á lugar señalado y aplazado; interrumpir sus mas sagrados misterios con conversaciones escandalosas. Pues en todo esto juzgo con San Cypriano, que hay un género de apostasia de obra: *In his omnibus quedam apostasia fidei est.* No Tom. I. Adviento. Mm

(a) Añ. 17. v. 23. (b) 1. Cor. 10. 14. 15. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43. 44. 45. 46. 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97. 98. 99. 100.

obstante, ved ahí en lo que os empeña el atender al mundo; digo un género de mundo impío, cuyo desenfrenamiento y desahogo tenéis por vuestra regla. Por ventura os cuesta sentimiento, porque hay quien tenga Religión entre vosotros: por ventura en el mismo punto en que os dexais llevar de estas impiedades, sois los primeros que las condenais y detestais; los primeros en decirlos á vosotros mismos, y aún á vuestro pesar, que os haceis con ese porte indignos del nombre y del carácter de Christianos. Mas porque el mundo os arrastra, y os quereis conformar con sus estilos, profanáis con él lo mas adorable y lo mas divino que tiene la Religión. Estas son (he dicho y vuelvo á decir) unas apostasias, que comparadas con las de los primeros siglos son mas reprehensibles, y menos dignas de escusa. Estad atentos y os convenceréis.

Nos dá horror quando nos hablan de aquellos infelices que en las persecuciones olvidaban el juramento que habian hecho al recibir el Bautismo, y negaban exteriormente á Jesu Christo: y no nos parece que usaba con ellos de excesivo rigor la Iglesia quando nos dicen, que los excomulgaba en castigo de su infidelidad. ¿Por qué? Por que su infidelidad, dicen los Padres, cedia en oprobio del mismo Jesu-Christo, y era necesario vengarle de él. Ay! amados oyentes míos, hagámonos justicia: es verdad, estos Christianos flacos y cobardes que á vista de los tormentos se pervertian, y fingian que renunciaban á Jesu-Christo, caian en la apostasia, pero su apostasia de algun modo era digna de compasion: y quando movidos á arrepentimiento reconocian publicamente su delito, y decia cada uno de ellos estas palabras, que San Cypriano les ponía en la boca: *Caro me in collusione deseruit*. Soy un pérfido, y lo confieso; pero no ha sido el espíritu, sino la carne la que se ha rendido en mí: *Infirmitas viscerum cessit*: la delicadeza de mi cuerpo no pudo ayudar al ardor de mi ánimo, y esta ha sido la causa de mi perdicion, quando así se acusaban con lagrimas en los ojos, y con sentimientos del corazon, no extraño que la Iglesia con una condescendencia de madre amorosa los admitiese en

su gracia, aunque lo repugnasen las máximas rigorosas de los Cismáticos de aquellos primeros siglos. Pero ahora que renunciamos á nuestro Dios sin mas causa que nuestro desenfrenamiento y nuestros escándalos, ¿qué tenemos que decir en nuestra defensa? Y á qualquiera cosa que digamos, ¿no se nos puede responder lo que añadia San Cypriano hablando con los apóstatas voluntarios: *Nee prostratus est persecutionis impetu, sed voluntario lapsu se ipse prostravit*? Porque en fin, no es el punto sobre evitar los tormentos ni la muerte; es solo un respeto humano el que nos gobierna; pero un respeto á que de nuestra voluntad nos sujetamos, y con el imperio que le damos sobre nosotros nos hace parecer delante de los hombres, y ser de consiguiente delante de Dios desertores de nuestra Religión: *In his omnibus quadam apostasia fidei est*.

¿Y qué sucede? Que los respetos humanos hacen que nos sean inútiles los esfuerzos mas poderosos de la gracia divina, y los medios mas eficaces de nuestra salvacion. Veis aquí mi pensamiento: sientense disposiciones para una idéa mas ajustada y mas christiana; mas falta el ánimo para declararse, y á esta causa estas disposiciones se quedan sin efecto: formanse deseos y desigios de una verdadera conversion, pero se temen los discursos de los hombres, y este temor es causa de que aquellos descos no salgan á luz: se concibe la necesidad de la penitencia, y se toma resolucion de hacerla; pero no se quiere que el mundo lo entienda; y como para hacerla bien era necesario que lo conociera el mundo, jamás se hace: sale uno de un Sermon bien persuadido, pero no quiere parecerlo; y no querer parecerlo en la práctica es lo mismo que no estario del todo: hacense reflexiones cuerdas en una enfermedad, tomanse medidas santas para en adelante; mas se juzga que en la execucion es preciso irse con tanto respecto del público, y con eso nada se executa. Esta enfermedad, este Sermon, estas resoluciones, estos deseos, son unas gracias, yá interiores, yá exteriores, en las quales consiste la salvacion en el modo ordinario de la providencia; pero sus pende toda su eficacia en un vano miedo del mundo.

¿No es este el que suspende aún en las almas mas impías las operaciones divinas? ¿No es este el impedimento ordinario de gran número de conversiones que fueran frutos saludables de la palabra de Dios? Dice un hombre: si una vez me empeño, ¿qué no tendré que sufrir de tales y tales personas? Una muger dice: si rompo ciertos tratos, para mí arriesgados, y para el próximo de poca edificación, ¿qué discursos no se harán sobre ello? Se entra cada uno á sí mismo en aprehensiones vanas: si mudo de vida, ¿qué se pensará, y qué se dirá? Pues de esto nace que no hay intentos tan santos que no se suspendan; no hay fervor constante; no hay contrición ni confesion que no sean infructuosas. Bien se quisiera que tuviera el mundo mas equidad, y que aun segun el mundo fuese de utilidad el parecer que uno estaba convertido, y estarlo en la verdad, porque se sabe que este es el partido mas seguro, y se tiene por dicha el abrazarle; pero se opone á esto la ley tyránica é imperiosa de los respetos humanos, y antes se elige seguir esta ley perdiendo el alma, que salvando el alma eximirse de ella.

¿No vemos, aun en la muerte, hombres que combatidos de esta tentacion de los respetos humanos se dexan vencer, y forman de ellos un último pretexto contra todo lo que su Religion les prescribe en aquella hora? ¿Hombres que están para dexar la vida, y en términos de ir á dar cuenta á Dios de ella, y son aun esclavos del mundo? ¿Hombres cercados, como dice la Escritura, de peligros del inferno, y al mismo tiempos ocupados del todo en los juicios del mundo, no haciendo caso, y aun desechando los últimos socorros que les ofrece la Iglesia, á lo menos dilatando el recibirlos porque no se juzgue de ellos otra cosa, y resistir de esta suerte á las últimas gracias del Espíritu Santo; porque aun al apartarse del mundo no pueden conseguir de sí mismos el olvidarle y despreciarle? No se ha visto, quién lo creyera, despues de haber vivido sin fe y sin ley, ser tanta la necesidad que llegue á coronar la vida con una diabólica perseverancia en la impiedad? ¿Querir morir en la impenitencia por no parecer de poco ánimo,

mo, y por mantener hasta el fin una imaginada firmeza de alma de que se habian preciado y por ventura falsamente? ¿Estar á vista de una eternidad espantosa combatidos de los movimientos de una conciencia cargada de delitos, y no poder desembarazarse de este infeliz rezelo que tiene preocupado el entendimiento? ¿Qué se juzgará de mí, si el miedo de la muerte me hace mudar la resolucion? ¿Pensar en lo que pensarían de ellos unos hombres perdidos, que habian sido antes confidentes y cómplices de sus disoluciones, y por no perder con ellos la estimacion endurecerse á los avisos mas saludables de los Ministros de Jesu-Christo, que con instancia los exórtaban á no desconfiar de las misericordias de un Dios, que aunque irritado y ofendido era aún el Dios de su salvacion? ¿No hemos visto morir con este linage de muerte? Y aunque por la misericordia de Dios sean raros los exemplares, ¿son por eso de menos fuerza, y nos dan menos á conocer los extremos adonde conducen los respetos humanos?

Ay! Christianos, ahora entiendo yo toda la fuerza y todo el sentido de aquellas palabras de Tertuliano, quando con cierto exceso de confianza decia, que daba por cierta su salvacion, si pudiera tener seguridad de no avergonzarse de su Dios: *Salvus sum, si non confundar de Domino meo*. A primera vista parece que era muy poca cosa á lo que reducía su salvacion, pues con eso solo juzgaba que satisfacia á toda su obligacion. Porque en la apariencia, ¿qué cosa hay mas facil que no avergonzarse de su Dios? ¿Es necesaria una perfeccion grande para eso, y es eso á lo que vá á parar toda la Religion de un Christiano? Sí, responde Tertuliano, yo lo defiendo; mi salvacion está segura si no me avergüenzo de mi Dios: *Salvus sum*. Solo esto me dá seguridad contra la violencia mayor de las tentaciones del mundo, porque esto solo me hace vencedor del mundo, y de quanto en él hay mas arriesgado para mí. Porque si no me avergüenzo de mi Dios, no me avergüenzo de muchos ejercicios abatidos segun el mundo, pero necesarios para la salvacion segun la ley de Dios; no me avergüenzo de padecer una afrenta sin vengarme; no me aver-

averguenzo de perdonar una injuria hasta llegar á dar bien por mal ; no me avergüenzo de ser el primero y prevenir al enemigo que me ha ultrajado : *Salvus sum , si non confundar de Domino meo*. Si no me avergüenzo de mi Dios , no me avergüenzo de temerle , de honrarle , de pedirle ; no me avergüenzo de estar con respeto y humildad en su presencia , de ser sufrido por él , y despreciado como él. Si no me avergüenzo de mi Dios , no me avergüenzo de la penitencia , ni de quanto ésta me pide para convertirme á mi Dios de veras : *Salvus sum , si non confundar de Domino meo*.

Esta fue la salvacion de la Magdalena. Si hubiera escuchado al mundo , estaba perdida ; si se hubiera aconsejado con la prudencia humana , no habia para ella salvacion. Su dicha y el logro de su predestinacion consistió en no avergonzarse de su Dios. Le fue á buscar en casa del Fariseo , y postrada á los pies de Jesu-Christo en medio de un concurso numeroso los regó con sus lágrimas , los enjugó con sus cabellos , desprecio todos los desprecios de los hombres ; y haciendo poco caso de lo que se diria , no pensó sino en hallar la gracia de su Salvador , y en los ojos de aquel Señor á quien pensaba agradar en adelante. Sin esto la ocasion de su salvacion se le hubiera huido de entre las manos ; sin esto estaba cerrado para ella el seno de la misericordia divina. Para entrar en él habia de triunfar de estos respetos humanos , cuya indignidad y desorden os he puesto delante de los ojos ; y solo me resta hacer que veais el escándalo que hay en ellos. Esta es la tercera parte.

### III. PARTE.

No hay escándalo en el mundo contra el qual no se haya declarado Jesu-Christo , quando dixo : *Vae mundo et scandalis* (a). Ay del mundo por los escándalos que reynan en él ; ni hay escandaloso que no halle su condenacion en

(a) *Math. 18. v. 2.*

estas otras palabras : *Vae homini illi , per quem scandalum venit* ; (a) ay del hombre que es causa del escándalo. Pues aunque es verdad que la proposicion del Hijo de Dios comprehende todos los escándalos , ved uno que tenia principalmente á la vista , y no dudo que fulminaba especialmente contra él la maldicion de este horroroso anatema : *Vae mundo* ; este es el escándalo de los respetos humanos ; quiero decir , el escándalo que causan en el mundo los que con sus conversaciones y con su proceder sirven de fomentar los respetos humanos. Escándalo tanto mas reprehensible quanto se opone mas inmediatamente á Dios , y se encamina mas directamente á la destruccion de su culto : ved en lo que está su naturaleza. Escándalo tanto mas pernicioso quanto con mayor facilidad se establece , y arrastra mas infaliblemente las almas : ved su riesgo. Escándalo , Grandes del mundo , que tanto mas estrecha y expresamente os está mandado que le prevengais y eviteis , por quanto suele ser de vuestra parte mucho mas contagioso y mas mortal ; ved las obligaciones que de él se originan respecto de vosotros. Ultimamente , escándalo que podeis facilmente corregir , sacando (como dice San Juan Chrysostomo ) el respeto humano contra él mismo , y haciendo de vuestro buen exemplo un preservativo contra la disolucion del mundo : ved ahí su remedio. Dadme un poco de atencion , y concluyo.

Escándalo especialmente injurioso á Dios. ¿ Por qué ? Porque tira especialmente á destruir el culto de Dios. ¿ En qué consistió el pecado de los hijos de Heli ? ¿ Aquel pecado que encarece Dios en la Escritura con términos tan fuertes , y parece que afecta infundir en nosotros un horror particular de él ? ¿ Qué fue su delito ? El Espiritu Santo nos le señala : estaba su pecado en el escándalo que daban al pueblo : ¿ y cómo ? Siendo causa de que se retraxesen los que iban al Templo de Jerusalem á ofrecer al Señor el sacrificio , y desviándolos de este oficio de Religion en

(a) *Ibid.*

en vez de atraerlos: *Erat ergo peccatum puerorum grande nimis :: quia retraherant homines à sacrificio Domini.* (a) Era (dice el Texto Sagrado) un pecado de primera magnitud, un pecado demasíadamente grande para merecer gracia, y demasíadamente grande para ser disimulado y perdonado: *Grande nimis.* ¿Y qué es lo que hacen los licenciosos que se burlan de la piedad, y desacreditan la Religion, sin poderse delante de ellos servir á Dios con libertad, porque se halla uno continuamente sujeto á sus tiros, porque son siempre testigos de su vida, y su vida desreglada es como una censura pública de la virtud? ¿Qué hacen los que asemejándose á los Fariseos, de los quales hablaba el Salvador del mundo, digamoslo mejor, mas dignos de reprehension que los mismos Fariseos, pues estos observaban á lo menos algunas apariencias, cierran la puerta de los Cielos á sus hermanos, y no contentándose con no entrar ellos en el Cielo, impiden la entrada á los demás? Con dos ó tres mundanos que haya de esta calidad, especialmente de los que tienen reputacion, no es menester mas para pervertir toda una Corte, y para desviar del camino real las almas que están mejor dispuestas para andar por el camino de Dios. Pues bien sabeis la severidad, y aun la demostracion con que castigó Dios este escándalo en las personas de Olphni y Phinees. Yo, señor, no me espanto: porque era el punto sobre lo mas esencial y delicado de vuestros intereses; y tocaros en él (por hablar con un Profeta vuestro) era heriros en las niñas de los ojos. Si un particular intentara en un Estado corromper con sus sollicitaciones la fidelidad de los pueblos, no se hallara castigo que no mereciera, y no se estrañara que fuera sacrificado á toda la severidad de las leyes. Luego está puesto en razon, mi Dios, que mireis por vuestra causa; y si quiere el mundo hacer algun atentado contra vuestros derechos, que los defendais y los vengueis, haciendo que sientan los delinquentes los golpes mas fuertes de vuestra justicia. Es-

(a) 1. Reg. 2. v. 17.

Escándalo el mas contagioso, y que mas facilmente se comunica. ¿Qué progresos no hace? Y si no se le procura parar la corriente, ¿qué rapidamente no arrebató los espíritus cobardes? Esto es lo que movió á aquel generoso Macabéo el invicto Matatias, y lo que le excitó para hacer una accion que canonizó el Espíritu Santo, y su memoria será eterna. Vió un Israelita vencido del temor del mundo, y en términos de adorar el ídolo públicamente: vióle, y arrebatado de un zelo de Dios que se convirtió en indignacion, previno esta impiedad con dos sacrificios en uno, sacrificando sobre el mismo altar del ídolo no solamente al impio Israelita, sino al Pagano que le forzaba á que lo fuese; y consagrando su ira con la muerte de estas dos víctimas, que por órden de Dios sacrificó á la venganza de su nombre. ¿De dónde le vino este ímpetu de zelo? Del dolor que se apoderó de su alma, considerando que el exemplo de este sacrilegio seria luego seguido de otros muchos; y de la reflexion que hizo de que en ocasion tal el escándalo de uno solo, tolerado y dexado sin castigo, bastaba para hacer caer toda la nacion. El peligro en que le pareció que estaba el pueblo de Dios, la consideracion de las consecuencias horrosas que habia de tener la cobardia de este sacrilegio; esto es lo que le encendió, lo que le alentó, (no tengamos miedo de decirlo) lo que le arrebató, pues lo arrebatado de su zelo es en la Escritura la materia de su elogio.

¡Ah! Christianos, ¡qué gran leccion para nosotros! Era en un tiempo de persecucion, quando los Macabeos sentian tan vivamente el escándalo de los respetos humanos, y temian tanto sus consecuencias; mas por lo que á nosotros toca ¿este tiempo de la persecucion se pasó ya? No obstante el estado floreciente en que vemos el día de hoy la Religion, ¿podemos (dice San Agustin) estar seguros de que los que sirven á Dios no hayan de pasar por pruebas igualmente peligrosas? A las persecuciones sangrientas que movia antiguamente el Paganismo ¿no se han seguido otras tanto mas de temer, quanto mas humanas son, y tanto mas á proposito para causar la ruina de las almas, quanto

no se piensa en guardarse de ellas? Me atrevo á decir, y es-  
toy persuadido á ello, que una palabra que pronunciais, un  
mirar vuestro, un desprecio que mostrais, un mal exem-  
plo que dais, hace mas impresion en los corazones, y per-  
vierte mas Christianos en nuestro tiempo, que quanto los  
tyranos inventaban para acabar con la Christiandad. Habia  
resistencia á los tyranos, y la sangre de los Mártires, con  
fecundidad maravillosa, servia para producir nuevos fieles;  
pero se resiste á un respeto humano que vosotros causais?  
Esta persecucion á que exponéis la virtud ¿ no está tan le-  
jos de afianzarla, de multiplicarla y estenderla, que antes  
establece el imperio del pecado, y sustenta el reyno de  
la disolucion?

Porque ¿qué poder no tiene aquella propension natural  
que sentimos en nosotros de hacer lo que los demás? ¿Qué  
poder no tiene aquella vana emulacion que nos incita á  
seguir á los otros, y á imitar principalmente á los que me-  
dran en el mundo, y son aplaudidos en él? Pues si estos  
nos enseñan el camino del vicio, si nos llaman á él con sus  
discursos, si nos llevan á él con sus exemplos, si nos apre-  
mian para que tengamos con ellos esta condescendencia re-  
prehensible y esta complacencia mundana: si ponen en ella  
una gloria imaginaria, si hacen que dependa de ella su esti-  
macion, y aun sus agradecimientos y sus premios, ¿quán-  
tos apóstatas hará esta tentacion? ¿Quántos ha hecho y ha-  
ce aún? Vosotros conocéis el mundo, amados oyentes  
míos, y le conocéis mejor que yo: yo os remito á vosotros  
mismos y á vuestra propia experiencia. Vosotros sabéis lo  
temido que es este tyrano de la piedad, y lo que vosotros  
mismos le teméis: vosotros sabéis el cuidado con que  
se solicita su favor, y con el que vosotros mismos le  
solicitais: vosotros sabéis los medios que se ponen  
para ese fin, y los que para él habeis puesto vosotros  
mismos: vosotros sabéis lo que se le sacrifica todos los  
días, y lo que por ventura vosotros le habeis sacrificado.  
Sea lo que fuere de eso, ¿ no es este escándalo, como lo  
repara San Bernardo, de donde nacen casi todos los males  
que afligen la Iglesia en estos últimos tiempos, y toda la

corrupcion de las costumbres que vemos, y no podemos  
bastantemente llorar?

De aquí nace respecto de los Grandes del mundo, y  
de todas las personas que son de alguna autoridad y algun  
lugar en el mundo, una obligacion mas estrecha y mas  
indispensable de ser no solamente sincéras sino exempla-  
res en el culto de Dios, y en el exercicio de su Religion;  
y este es el importante aviso que les dá San Agustin. Por-  
que los Grandes son, dice este Padre, los que deben  
remediar este achaque del respeto humano en los peque-  
ños: los que Dios ha elevado son los que deben auto-  
rizar aquella santa libertad con que quiere ser servido:  
aquellos á quienes naturalmente se desea agradar son los  
que deben dar á conocer con su proceder, que jamás se-  
rán la impiedad ni el vicio de su agrado, sino que al  
contrario lo serán siempre la Religion y la virtud. Como  
los respetos humanos estrivan en ellos, y ellos son el ob-  
jeto á que miran, ellos son los que deben destruirle ó sa-  
crificar su uso; pues hacen uno y otro con sus palabras y  
con sus obras, quando hablan y viven como Christianos:  
y este es el remedio de los respetos humanos.

Así lo entendió el venerable anciano Eleazar; aquel  
hombre igualmente respetable al pueblo Hebréo por su  
dignidad y por sus años; aquel hombre (segun la hermo-  
sa expresion de San Ambrosio) lleno del espíritu del Evan-  
gelio antes del Evangelio mismo: *Vir ante tempora Evan-  
gelica Evangelicus*. Una sola cosa le pedian para librarle  
de la muerte; no que comiese la carne prohibida, sino que  
disimulase, y solamente en la apariencia consintiese en  
comerlo: disimulo que le causó horror; porque no dice  
bien, respondió él mismo, ni con la edad en que me ha-  
llo, ni con el lugar que ocupó, valirme de rodeos, y en-  
cubrir mis sentimientos. ¿Pues qué ha de pensar, qué ha  
de hacer una juventud ignorante y tierna, quando se lle-  
gue á saber que le faltó á Eleazar el valor, y llegó hasta  
abandonar la ley de su Dios? Se hiciera cobardé como yo,  
infel como yo, impia como yo. En efecto ¿qué se hubie-  
ra pensado, qué se hubiera dicho? Sobre todo, con su

exemplo ¿qué no se hubiera hecho? Pero también ¿qué motivo tan poderoso para mantener las almas tímidas y vacilantes, haber visto á este Pontífice generoso á pesar de los respetos del mundo, á pesar de las amenazas y de los tormentos, guardarle al Señor la fé que le había jurado, y dar por él su vida!

Bella leccion, Christianos, para vosotros: digo singularmente para vosotros, á quienes no ha comunicado Dios parte de su poder sino para hacer que sirva para su culto. ¿Qué es lo que debe decir un padre á sus hijos? Lo que decia el Santo Tobias: *Audite ergo filii mei patrem vestrum: servite Domino in veritate.* (a) Escuchadme amados hijos míos: yo soy vuestro padre; desgraciado de mí si no os dexára el temor de vuestro Dios por herencia: servid al Señor, y servidle en espíritu y verdad; y en estando su culto de por medio no seáis políticos ni mundanos. Vuestra Religion es de la que habeis de hacer vuestra gloria; conservadla, y no la deshonreís. Ella es la que os ha de salvar, guardaos de escandalizarla. ¿Qué es lo que debe decir un Señor, y el que es cabeza de la familia á los de su casa? Lo que decia David: *Non habitabit in medio domus mea qui facit superbiam.* (b) No quiero impiós en mi casa; quiero que los que estuvieren en ella sean temerosos de Dios, y me obedezcan á mí obedeciendo á Dios; no me ha de servir jamás blasfemo, ni jurador, ni licencioso. ¿Pues quién? El que anda por el camino derecho de una vida irreprehensible y honesta: *Ambulans in via immaculata hic mihi ministrabat.* (c) ¿Qué debe hacer cada uno de nosotros en quanto lleva nuestra condicion, y conforme á nuestro estado? Todo quanto depende de nosotros para que la Religion esté constante en las almas de los que Dios ha sujetado á nuestro mando: de otra suerte nos haremos reos delante de Dios del mayor de los escándalos: porque delante de Dios nunca el escándalo es mas grave ni mas digno de castigo, que quando nace de la misma fuente de

(a) Tob. 14. v. 10. (b) Psal. 100. v. 7. (c) Ibid. v. 6.

donde se debía esperar la edificacion y la enseñanza.

Tengo el consuelo de hablar con unos oyentes, que nunca han debido mirar los respetos humanos como escándalo menos peligroso, ni como estorbo mas facil de vencer que el dia de hoy; porque predico en la Corte de un Principe, que zeloso hoy mas que nunca de los intereses de Dios, da estimacion á la Religion, y hace guerra al vicio, mucho mas declarada y mas eficazmente con su exemplo, que puedo yo hacersela con mi ministerio. Lo que pudiera recelar en vosotros es, que estuviérais expuestos á otro género de respeto humano; y que así como este respeto hacia en otros tiempos hombres de vida desenfrenada en la Corte, hiciera ahora hypócritas en ella. Lo que pudiera temer es, que no fueseis, ó no os mostraseis Christianos sino solamente por consideracion del mundo, no sirviendo á Dios sino por respeto á los hombres, en lugar de servir á Dios en los hombres, y de servir á los hombres por Dios. Ved el efecto que podía producir contra toda su intencion la piedad de un Rey fiel á Dios, y defensor de su culto; porque ¿qué cosa hay que no esté expuesta á los abusos?

Pero además que en este temor me sirviera tambien de consuelo el que por lo menos se habria hecho superior la Religion, y la disolucion se hallára reducida á estar oculta; y que de entre dos males, habiendo al fin salido del mayor, no nos faltaba mas que preservarnos del menor; fuera de que me prometeria de vosotros que al evitar un escollo aprenderiais á no dar en otro; y teniendo esta razon recta que os sirve de guia, no seriais tan ciegos, que hicieseis de vuestra Religion, de esta Religion tan divina, una Religion puramente humana; no obstante el mismo miedo que tuviera, os dixera, amados oyentes míos, no dexemos de aprovecharnos en la feliz disposicion de las cosas y de la ocasion ventajosa que en ella nos descubre la adorable providencia de Dios para la Christiandad, y para nuestra salvacion. Quando el respeto humano nos empeña en cumplir nuestras obligaciones, aunque por sí mismo no sea santo, ni digno de alabanza,

